

## RESEÑAS

Ana Cárdenas, Felipe Link y Joel Stillerman (eds.), *¿Qué significa el trabajo hoy? Cambios y continuidades en una sociedad global*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia, 2012, 320 pp.

En Chile, la naturaleza del régimen político que resultó del proceso de transición iniciado a partir del plebiscito que tuvo lugar el 5 de octubre de 1988 y que abrió la coyuntura de las elecciones presidenciales y legislativas del 11 de diciembre de 1989, es esencialmente híbrida. En él, a pesar de las reformas constitucionales de 2005,<sup>1</sup> coexisten instituciones autoritarias establecidas por la Constitución de 1980, promulgada bajo la dictadura militar, con procesos políticos propios de la democracia representativa. Además, no se han corregido muchas de las prácticas laborales que se generaron a partir del Plan Laboral de 1979 y que se profundizaron durante los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia (1990-2010), las que se consolidaron y profundizaron en el periodo 2000-2012 durante los gobiernos de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet.

Esas prácticas forman parte integral del proyecto económico instaurado por la dictadura militar. De manera que la articulación entre acumulación de capital y regulación de las relaciones de trabajo nos permite visualizar mejor la especificidad de la institucionalidad laboral vigente en Chile. También permite reconocer la dificultad en asimilarlo a otros contextos nacionales latinoamericanos porque ésta ha ido más lejos que ningún otro país del continente en coartar los derechos de los trabajadores y de los sindicatos. Por ello es que el proyecto mencionado no puede reducirse al “neoliberalismo”, sino que va mucho más lejos ya que ha resultado

<sup>1</sup> Durante el gobierno del presidente Ricardo Lagos se implementó una serie de reformas a la Constitución de 1980, promulgada por Pinochet. Esas reformas incluyeron, entre otras, la eliminación de los senadores designados y cambios en la composición del Consejo de Seguridad Nacional que habían sido más cuestionados porque restringían considerablemente el carácter “democrático” del régimen político. Véase Francisco Zapata, “De la democracia representativa a la democracia ‘protegida’. Movimiento obrero y sistema político en Chile”, *Revista Enfoques* (Revista de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Central de Chile), núm. 3, julio-septiembre de 2004, pp. 125-155.

en la consolidación de un régimen capitalista plenamente inserto en la globalización.

En efecto, la economía y la institucionalidad laboral vigente en Chile están articuladas alrededor de parámetros que no se limitan a la implementación de las recomendaciones del Consenso de Washington, parte constitutiva del “neoliberalismo”. Además, al profundizar la desregulación profunda de las relaciones de trabajo que había establecido el Plan Laboral de 1979, por medio de mecanismos como la Ley de Subcontratación (aprobada en octubre de 2006 y puesta en vigor en enero de 2007), la precarización y la limitación estricta de la acción sindical con importantes restricciones al derecho de huelga, se cumple con alinear las condiciones de trabajo vigentes en Chile con los requerimientos que exige el capitalismo chileno.

Por otra parte, y a pesar de la especificidad de la evolución descrita y la impresión comúnmente aceptada de que se trata de un proceso exitoso tanto desde el punto de vista económico como político, no podemos olvidar los que, formulado en forma sintética, podrían ser “los silencios del milagro”, identificados con rezagos sociales y políticos, entre los cuales sobresalen el agravamiento de la desigualdad social, la creciente concentración del ingreso<sup>2</sup> y la permanencia de niveles de indigencia equivalentes a poco más de 5.4% de la población (unas 800 000 personas). Así, a pesar de lo que se difunde como el “milagro chileno”, no hay que dejar de considerar las dificultades que experimenta el capitalismo chileno para erradicar la pobreza y la indigencia. Ello contribuye a demostrar que la versión chilena de dicho sistema de acumulación no está plenamente consolidada por su incapacidad redistributiva, algo que contrasta con el modelo clásico del capitalismo en Estados Unidos y Europa, que había sido exitoso precisamente porque había conseguido articular acumulación y redistribución de ingreso, gracias a la vigencia del modelo fordista como método de organización de la producción y de la construcción del Estado de bienestar.

Además, la definición de lo social y de las políticas sociales a partir de una focalización en sectores excluidos del modelo económico contribuye a fortalecer la fragmentación de la sociedad chilena. Éstas se conciben como decisiones y acciones dirigidas a solucionar demandas puntuales frente a determinados problemas acuciantes que afectan a segmentos localizados de amplios sectores de la población y no como parte de una política redistributiva como fue en su momento el Estado de bienestar.

<sup>2</sup> Véase Herman Schwemberg y Diego R. Maltrana, *La distribución del ingreso en Chile. Radiografía de un enfermo grave*, Santiago, J. C. Sáez Editor, abril de 2007; también: Humberto Vega, *En vez de la injusticia. Un camino para el desarrollo de Chile en el siglo XXI*, Santiago, Random House Mondatori, junio de 2007.

La retórica triunfalista alrededor del abatimiento de los índices de pobreza y de la cobertura del sistema educacional y del acceso a la salud guarda poca relación con la realidad cotidiana de cientos de miles de chilenas y chilenos, pero sobre todo de aquellos que trabajan de acuerdo a las nuevas normas que gobiernan la esfera laboral en el país. Si bien el régimen y sus intelectuales orgánicos argumentan que la *cobertura* de los sistemas educacionales y de salud se ha incrementado en forma notable al mismo tiempo que existe un escenario de cuasi “pleno empleo”, no por ello la *calidad* de los mismos ha mejorado sustancialmente.

Se puede inferir que la consolidación capitalista anclada en la transnacionalización del mercado interno esconde algunos “silencios”. Lo paradójico de la existencia de estos “silencios” es que se producen a pesar de dicha consolidación, de la triplicación del tamaño de la economía chilena (entre 2003 y 2011, el PIB de Chile pasó de 77840 millones dólares a 248585 millones de dólares), de la inserción dinámica en la economía global y de la estabilidad política. De esta manera, los grupos dirigentes del proceso en curso enfrentan una serie de desafíos, que implican que deben imaginar formas para ir más allá de la simple reproducción del “modelo”, del simple ajuste coyuntural a las fluctuaciones y turbulencias de la economía internacional.

Es a partir de las consideraciones anteriores que se puede contextualizar el libro que editaron Ana Cárdenas, Felipe Link y Joel Stillerman. Resultado de un seminario internacional que tuvo lugar en Santiago de Chile entre los días 15 y 16 de junio de 2010, auspiciado por la Oficina Regional de la OIT y la Facultad de Ciencias Sociales e Historia de la Universidad Diego Portales. Este libro incluye 19 textos organizados alrededor de temas como la transformación del trabajo en el contexto global, la reestructuración de la producción, el trabajo y sus consecuencias sociales en Chile, la precarización, la flexibilidad y la calidad de vida, las identidades profesionales, individuales y colectivas en el sector de los servicios. Por su parte, los editores presentan el libro con una introducción que permite conocer los objetivos que guiaron a los autores de los trabajos y que reflejan los resultados de investigaciones empíricas realizadas por ellos en años recientes. Lo concluyen con dos ensayos de científicos especialistas en cuestiones laborales.

El libro forma parte de la trayectoria de estudios realizados en años recientes sobre las características de la institucionalidad de las relaciones de trabajo en Chile y sus consecuencias para los trabajadores, entre los cuales sobresalen los textos compilados por Peter Winn (*Victims of the Chilean Miracle*, Durham, Duke University Press, 2004), Magdalena Echeverría y Daniel López (*Flexibilidad laboral en Chile: las empresas y las personas*, Dirección del Trabajo, 2004), Álvaro Soto (*Flexibilidad laboral y subjetividades*, Universi-

dad Alberto Hurtado, 2008) y Antonio Aravena y Daniel Núñez (*El renacer de la huelga obrera en Chile*, Santiago de Chile, Instituto Alejandro Lipchutz [ICAL], 2009). También vale la pena aludir a la serie de investigaciones que desarrolló la Dirección del Trabajo del Ministerio del Trabajo y Previsión Social durante los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia (1990-2010) y que son citados por los textos incluidos en este libro.

La preocupación general de los textos presentados se ocupa del estudio de las transformaciones que ha experimentado el trabajo en Chile después de la implantación del modelo de la transnacionalización del mercado interno (TMI). Dentro de ese marco de referencia, las investigaciones se refieren a aspectos ligados al impacto de esas transformaciones en la calidad de los empleos, en la subjetividad de los trabajadores y su relación con las nuevas identidades laborales así como en los efectos que esas transformaciones tuvieron sobre la institucionalidad de las relaciones entre trabajo y capital. Podemos decir que los autores buscan caracterizar los significados de los cambios en el sentido del trabajo, partiendo de su expresión más concreta en la vida personal de los actores estudiados.

Los espacios en los que se realizan estas reflexiones tienen que ver con observaciones realizadas en el ámbito urbano santiaguino (Felipe Link), las nuevas prácticas de las empresas (Claudio Ramos), la negociación colectiva y la distribución del ingreso (Gerhard Reinecke y María Elena Valenzuela), la identidad y el conflicto en la industria metalúrgica (Joel Stillerman), el trabajo doméstico (María Elena Valenzuela y Solange Sánchez), la salud mental (Ximena Díaz y Amalia Mauro), la economía del cuidado y el papel del Estado (Sarah Gammage), el trabajo autónomo dependiente (Sandra Leiva), el trabajo a domicilio (Helia Henríquez), el teletrabajo (Ana Cárdenas), la inmigración boliviana en São Paulo (Ricardo Noriega), la acción colectiva de los trabajadores de supermercados (Lorena Godoy, Antonio Stecher y Juan Pablo Toro), la identidad laboral (Esteban Romero) y el sentido del trabajo en operarios permanentes de supermercados (Juan Pablo Toro, Antonio Stecher y Lorena Godoy).

El denominador común de las reflexiones generadas por las investigaciones presentadas es la precarización que caracteriza a los trabajos desempeñados por los diversos tipos de agentes que son estudiados en cada texto. No obstante, no se trata de una conceptualización genérica de la precarización sino que en cada texto se subrayan las especificidades que asume en estrecha relación con las tareas que implica cada tipo de trabajo. En este sentido, el texto introductorio de Arne Kalleberg sobre la globalización y el trabajo precario sistematiza los objetivos que éste último tiene para la operación del modelo del TMI como son la reducción de costos, la limitación o reducción de los trabajos permanentes, la maximización de la flexibilidad, y sobre todo el

traslado de los riesgos y de la incertidumbre del funcionamiento económico a los trabajadores. Dicho traslado se focaliza en prácticas muy difundidas en Chile, como la externalización de la mano de obra, la subcontratación de tareas dentro de la empresa, la promoción de formas irregulares o informales y el uso de equipos que compiten entre ellos. Puede pensarse que esta síntesis contribuye a encuadrar las reflexiones específicas de los estudios de caso incluidos en las tres secciones en que está dividido el libro.

Estas secciones incluyen un análisis de los trabajadores expuestos a nuevas prácticas empresariales, nuevas características del trabajo doméstico y del personal de cuidado (como las enfermeras, las parvularias), los operarios de supermercados, de los operadores del teletrabajo (“call centers”), de los profesionales a honorarios, los trabajadores a domicilio y una categoría original, la de los trabajadores autónomos dependientes (estudiados por Sandra Leiva), para no citar sino algunos de los que son estudiados en las investigaciones presentadas en este libro. La evidencia presentada indica que todos estos “trabajadores” enfrentan su vida laboral a partir del supuesto de que nunca volverán los tiempos del trabajo estable, de la seguridad social garantizada, de la salud y de la educación gratuita. Pareciera que, a juzgar por algunos de los testimonios recogidos y citados, este nuevo escenario es, para varias de las categorías estudiadas, preferible al que prevalecía en el modelo del Estado de bienestar.

Puede entonces pensarse que las investigaciones reflejan una preocupación acerca de la *capacidad de adaptación de los trabajadores* a la forma que asumen las tareas que deben realizar, sea en el ámbito fabril con las nuevas prácticas que introducen las empresas o en el ámbito doméstico con el fin del trabajo “puertas adentro”. Esto es particularmente notorio en el trabajo sobre la mentalidad de los profesionales autónomos o de aquellos vinculados al teletrabajo o en los “call centers” (Ana Cárdenas).

Al pensar el significado actual del trabajo en términos de *adaptación*, las reflexiones de los autores a partir de los datos recogidos en sus investigaciones proporcionan una imagen relativamente aséptica de las consecuencias de la transformación del modelo de desarrollo. Se describen esas consecuencias sin remitirlas a la racionalidad capitalista de los empresarios chilenos, ligada a la acumulación desenfrenada de capital y a la monetización de todas las relaciones sociales.

Aparece un cuadro en el que la conciencia obrera experimenta una transformación radical de la forma en que se concebía el trabajo sin que sepamos mucho sobre las fuerzas que están actuando para esconder los aspectos ligados a lo que Ruy Mauro Marini denominó la “super explotación del trabajo” (1969). Tampoco se da cuenta de que esta adaptación aparente no se produce sin cuestionamientos radicales como lo revelan

las movilizaciones de los subcontratados de la Gran Minería del Cobre entre 2007 y 2011, de los mineros de La Escondida en 2006 y 2011, y de otras categorías de trabajadores en la coyuntura reciente del país, como las de los trabajadores de los supermercados que merecen dos capítulos de este libro.

En el mejor de los casos se sugieren medidas correctivas (texto de Reinecke y Valenzuela) sin aclarar que éstas no dependen de un afán “reformador” sino de una reformulación radical de las formas en que está organizada la relación entre la acumulación de capital y la institucionalidad laboral. Con ello se da por supuesto que la precarización, la flexibilización, la subcontratación, la proletarianización del trabajo doméstico son aspectos estructurales del modelo, que no pueden dar lugar a procesos de cuestionamiento por parte de quienes son víctimas del “milagro chileno”, lo cual desmerece el significado de las protestas y movilizaciones que se dieron entre 2007 y 2011 que indican la presencia de grietas en la forma en que se ha dado la acumulación capitalista en Chile.

Podemos suponer que las estrategias empresariales y la lectura que de éstas hacen los autores de los textos de este libro dan por sentado que los trabajadores se conforman y parecen estar convencidos de que no pueden gozar de derechos que entren en contradicción con esas metas. Incluso la regulación del trabajo precario o de la subcontratación no ha atenuado los niveles de explotación de los trabajadores chilenos por los capitalistas. Las investigaciones permiten contestar preguntas relacionadas con las formas en que los trabajadores consiguen convivir con esos niveles de explotación. Sin embargo, hubiera sido útil que los autores interrogaran a sus entrevistados sobre las razones de su conformidad, que podría ser sólo la expresión de haber logrado tener un empleo en las condiciones imperantes en el mercado de trabajo y no por tener una satisfacción con las tareas que implican ese empleo precario, flexible y mal remunerado.

En investigaciones futuras, la respuesta a la pregunta que da el título de este libro, *¿Qué significa el trabajo hoy?*, podría incluir indagaciones sobre las resistencias a la que ha dado lugar la institucionalidad laboral vigente en Chile, incluso en sectores de trabajadores considerados como son los de los supermercados que en el periodo 2010-2012 asumieron formas de resistencia originales.

En suma, si bien los textos incluidos en este libro dan cuenta del significado que los trabajadores estudiados dan a su “trabajo”, queda pendiente indagar acerca de la toma de conciencia de la que dan cuenta las movilizaciones, huelgas y otras manifestaciones de descontento que contradicen el discurso de los actores que los autores de los textos dan por cierto sin preguntarse lo que éste puede estar escondiendo. En todo caso, este libro se

inscribe en una trayectoria, que, como lo indicamos antes, refleja el interés por los investigadores del trabajo por rendir cuenta de las consecuencias que el capitalismo chileno ha tenido en el ámbito laboral a partir de trabajos muy bien diseñados y presentados en forma coherente y bien documentada.

FRANCISCO ZAPATA

José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*, México, El Colegio de México, 2012, 150 pp.

Desde su creación hace pocos años, la colección *Historia mínima de...*, de El Colegio de México, ha sido un éxito editorial. El concepto que subyace a la creación de la colección consiste en pedir a un especialista reconocido en un campo del conocimiento que presente de manera sintética, clara y amena la historia de un tema, siguiendo el modelo inicial de la *Historia mínima de México*. El formato de los libros es simple: son obras de divulgación que tienen que dar cuenta de la globalidad de los fenómenos abordados con una perspectiva analítica ligeramente acentuada y con la presentación de los datos empíricos esenciales para que el lector disponga de los elementos necesarios para comprender un proceso histórico. Parece fácil, pero las exigencias del formato presentan un formidable reto a los autores.

En el caso de la *Historia mínima de la transición democrática en México*, difícilmente se podía pensar en un mejor autor que José Woldenberg, por su doble condición de analista reconocido del sistema político mexicano y de actor/testigo privilegiado de la democratización de la vida política nacional en las últimas décadas. Mientras estaba leyendo el libro, no podía dejar de pensar que a pesar de la distancia, autocontrol y búsqueda de imparcialidad a la cual José Woldenberg nos ha acostumbrado en sus escritos y declaraciones públicas de los últimos años, había detrás del análisis de los hechos expresiones constantes de su credo político, por lo menos en lo que concierne a la posibilidad de coexistencia civilizada de una pluralidad de expresiones políticas en un marco institucional democrático.

Así, a lo largo de esa historia de la transición democrática mexicana, que abarca más de 20 años —el libro trata el periodo 1976-2000—, podemos, más allá del texto, imaginar en filigrana la voz del militante de izquierda que ya desde mediados de los años setenta ve en la reforma política de 1976 una oportunidad para contribuir al cambio político de manera civilizada; la voz del militante del PSUM, del PMS y, por un breve tiempo, del recién crea-

do PRD, quien participa desde la vida partidista en la rebelión electoral de los años ochenta; asimismo, se oye, luego, la voz del funcionario público –insisto en la palabra “público” y no de gobierno–, consejero ciudadano del IFE, primero y, más tarde, consejero presidente del Consejo General del mismo organismo cuya valoración de la labor de construcción y consolidación institucional busca dar las garantías necesarias para el buen desarrollo de la vida democrática.

Llama la atención cómo a lo largo del libro se repiten de manera reiterada palabras como “tolerancia”, “diversidad”, “pluralismo”, “coexistencia”, “civilidad”, “representación” e “instituciones”. Hay un optimismo en cuanto a las posibilidades de la democracia que atraviesa todo el texto. Se repiten también las palabras “partidos políticos” –otro tema predilecto del autor–, aunque éstos no son necesariamente una virtud cívica. Da gusto leer las evocaciones de las expectativas creadas por la leve apertura del sistema político en los años setenta y la esperanza a que dio lugar. A un lector joven quizá sorprenda el aparente candor de un pasaje como éste acerca de las elecciones legislativas de 1979: “Los candidatos hacían proselitismo, se desplazaban por sus distritos, y los plurinominales, por el país. Y las elecciones habían sido precedidas de una amnistía a los presos políticos” (p. 37). Y algunas líneas después: “Era apenas una rendija, pero a través de ella, quizá, se podrían colar los vientos del pluralismo, la tolerancia y la democracia” (p. 32). Esas frases logran transmitir con toda sencillez la realidad y el espíritu de una época (por lo menos de los que creían en la posibilidad de cambiar el sistema político). Pero, sobre todo, tienen la virtud de expresar lo que es un argumento implícito del texto y un *leitmotiv* en el discurso de José Woldenberg: en un periodo de menos de 25 años se dio un cambio radical de régimen político y es importante apreciarlo.

Desde luego, lo que acabo de escribir sobre la voz del autor que se oye a lo largo del texto, la expresión de sus profundas convicciones democráticas y la reiterada valoración del carácter institucional, aunque accidentado, de la transición mexicana, es una reconstrucción mía; es la lectura entre líneas a partir de indicios dispersos de un texto que privilegia la distancia del analista y la objetividad de los hechos. El pudor republicano de José Woldenberg le impide –y está bien– asumir su relato desde una perspectiva protagónica. Como muchos, espero que algún día deje esa reserva republicana para entregarnos sus memorias políticas de la transición democrática mexicana.

El libro se apoya en algunos parámetros sencillos que marcan de manera consistente y discretamente acentuada el relato del cambio político que vivió el país entre 1976 y 2000. Lo que nos ofrece José Woldenberg es una historia de la democratización desplegada en un marco analítico que sabe



hacerse implícito para no entorpecer la narración de los hechos. En el centro de todo está el papel transcendente de lo que él llama, casi cariñosamente, “el pequeño mecanismo electoral”. La transición es, en palabras de Woldenberg, “un proceso, no un acto, una serie de conflictos que demandan reformas para transformar las normas, las instituciones y las condiciones en las que transcurrían nuestros procesos electorales, pero sus efectos fueron mucho más allá de la esfera comicial” (p. 13). En otras palabras, prosigue el autor, “una conflictividad creciente reclamó operaciones reformadoras para que corrientes político-ideológicas, hasta ese momento artificialmente marginadas del mundo político electoral, pudieran integrarse al mismo” (p. 15).

Desde luego, José Woldenberg sabe evitar en su reconstrucción histórica la trampa de un evolucionismo lineal. Si bien las sucesivas reformas electorales logran cambiar las condiciones de competencia y la naturaleza del juego político, él nos deja claro que son también el producto de negociaciones entre fuerzas en competencia. Por lo tanto, desde la perspectiva de la democratización del “pequeño mecanismo electoral” hay avances y retrocesos, apertura y cierre, y, claro está, todo un juego estratégico en torno al manejo del factor tiempo. De ahí, también, el carácter gradual del cambio. José Woldenberg no valora los beneficios de esa característica, pero al inicio de uno de los capítulos se refiere a una reflexión del historiador inglés H. R. Trevor-Roper sobre los momentos perdidos de la historia, “aquello que pudo haber sido y no fue”. Si bien la transición hubiera podido seguir otro curso (por ejemplo, después de las elecciones de 1988), creando una historia distinta, no fue el caso. Queda claro que tuvimos la transición que se pudo.

La estructura del libro reproduce la tensión entre conflictividad política y social y transformación de las normas de participación y representación en el sistema político. Hay una idea de que el andamiaje institucional del país no podía dar cabida a la vitalidad y diversidad del conjunto de las fuerzas políticas y que esa adecuación entre sociedad real y normas institucionales no se podía dar de manera automática. De ahí la presencia permanente de conflictos y movilizaciones sociales en el trasfondo de las reformas institucionales.

El capitulado del libro se estructura en torno a las reformas electorales de 1976 a 1996, a sus temas dominantes que han acaparado uno tras otro las discusiones y negociaciones en su momento (acceso a la representación, confiabilidad, transparencia y equidad), a sus actores principales, a su contenido y a sus efectos. Así, el autor analiza las reformas de 1977, las de 1986, las de 1989-1990, las de 1993 y 1994 y, finalmente, las de 1996. Replica con mucho atino el ciclo reforma-elección-elección-elección-reforma-elección-

reforma-reforma-elección-reforma-elección, que vivimos en esa época. Pero no sólo eso, sino que también logra presentar de manera muy sucinta y precisa, como en un fresco muy contenido –poco lírico–, los grandes acontecimientos, conflictos sociales y políticos que constituían el transfondo de esas reformas: las luchas políticas de los años setenta, la insurrección electoral de los ochenta y el despertar de la sociedad civil así como la violencia de mediados de los noventa. Es una hazaña haber logrado describir, analizar y presentar de manera sencilla esa relación compleja en una serie de viñetas interrelacionadas.

Hay también temas que me hubiera gustado que se trataran en el libro y que no están presentes. Siempre ocurre así y es muy fácil hacer comentarios de este tipo cuando uno no es el autor del libro. Pero ahora que sabemos que el éxito editorial del libro nos obliga a publicar reimpressiones y reediciones a un ritmo no previsto, ello dará una magnífica oportunidad para tomar en consideración mis sugerencias.

Primero, me hubiera gustado encontrar una conclusión que cerrara esa reflexión discreta e implícita que guía la narración de los hechos a lo largo del libro y a la cual hice alusión al inicio de esta reseña. Sobre todo porque José Woldenberg afirma de manera categórica que el ciclo de la transición termina con la reforma electoral de 1996 y las elecciones de 1997. No es el hecho de que ponga una fecha al fin de la transición lo que me preocupa. Si de eso se tratara, y tomando en consideración los objetivos de creación de un sistema electoral mínimamente confiable, transparente y competitivo, tendería a estar de acuerdo con él. Sin embargo, a falta de una breve reflexión final sobre el proceso de transición a la democracia en México, el lector se queda con la impresión de que a partir de 1997 se cierra el debate sobre el tema. Y no es así.

Eso me lleva a mi segundo punto. Para muchos de nosotros las elecciones de 2006 y los acontecimientos postelectorales a que dieron lugar constituyeron una sorpresa. Viejos temas, como los de la confianza, la competitividad y la equidad, que creíamos resueltos con la reforma de 1996, regresaron al centro de la agenda de discusión entre actores políticos y pasaron a ser un tema de preocupación e insatisfacción para un segmento de la ciudadanía. De ahí las reformas electorales de 2007-2008. En 2012, en circunstancias distintas, la elección traerá seguramente aparejado otro paquete de discusiones sobre reformas electorales. Parece que no hemos salido todavía del ciclo elecciones-reforma-elecciones-reforma. Sé que hay respuestas que permiten distinguir lo de antes y lo de ahora. Me hubiera gustado leerlas al final del libro.

Tercero, y no me quiero extender más, también hubiera sido interesante, aun si rebasa los propósitos bien delimitados del libro, encontrar una

breve reflexión sobre la naturaleza de la vida democrática, que es el producto del proceso que documenta y analiza magníficamente el autor. Desde una perspectiva ciudadana, subsiste un déficit en cuanto a la calidad de los derechos y obligaciones en muchas esferas de la actividad pública. Desde una perspectiva institucional, habría que evaluar, a partir de la genealogía de las sucesivas reformas electorales adoptadas desde 1976, cómo hemos caído en una especie de fetichismo de las normas para regular el comportamiento electoral de los actores, como si el hecho de adoptar nuevas reglas garantizara automáticamente el cumplimiento de las mismas. Si bien el camino recorrido ha permitido construir instituciones electorales admirables, el crecimiento excesivo del número de normas en que éstas se apoyan ha actuado frecuentemente en contra de una supervisión eficiente de la competencia electoral.

Al inicio del libro, José Woldenberg nos comunica su principal propósito: ofrecernos “un texto panorámico, explicativo y pedagógico” sobre la transición mexicana. Es algo que ha logrado con creces. Para los más jóvenes que no vivieron esa historia reciente este libro permite apreciar la magnitud del cambio democrático que se dio en los últimos decenios en México. Y a los que vivimos ese cambio quizá nos permite no sólo sopesar la densidad del proceso en su conjunto, sino también valorarlo. Esas palabras son, desde luego, una invitación a leer la *Historia mínima de la transición democrática en México*.

JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME

Daniel Yergin, *The Quest: Energy, Security and the Remaking of the Modern World*, Nueva York, The Penguin Press, 2012, 804 pp.

La batalla de una primera ministra británica contra el sindicato más poderoso de su país, los escritos literarios de un burócrata japonés, la desolación que dejó tras de sí el peor huracán en la historia de Estados Unidos y un golpe de Estado “fantasma” en el Golfo Pérsico parecerían ser eventos completamente ajenos en el tiempo y a lo largo de la geografía. Daniel Yergin, mediante un esbozo magistral de los vínculos entre poder y energía, sugiere que no lo son.

La idea central que subyace a este volumen de más de ochocientas páginas es que la búsqueda de energías confiables y asequibles ha moldeado buena parte de la historia de la humanidad (p. 2). Las oportunidades y los riesgos que conlleva esta empresa épica se contraponen a la creatividad, el

miedo y la avaricia en un libro que, aunque analiza tendencias de largo plazo, no deja de otorgar relevancia crucial a la agencia humana y la capacidad de adaptación. *The Quest...* es una lectura obligada no sólo para los analistas de políticas energéticas o la economía de los hidrocarburos, sino para los estudiosos de la política y la seguridad internacionales.

Después de más de una década del lanzamiento de *The Prize*, Yergin regresa con lo que bien podría ser una continuación de su famosa historia del petróleo; aquí el gas natural, la electricidad, el etanol, los átomos y la eficiencia energética se entrelazan en una narrativa poderosa que no deja escapar asuntos burocráticos, políticos y fiscales, por mencionar sólo algunos. La energía, en su amplitud máxima, es el hilo conductor de la obra, que no escatima en referencias (más de 466 fuentes bibliográficas y 113 entrevistas).

El punto de arranque del volumen es un hecho por demás conocido: a pesar de esfuerzos financieros y tecnológicos, la humanidad no parece estar abandonando la era de los hidrocarburos; explotar los recursos es cada vez más costoso, mientras que las necesidades de la población en todo el mundo crecen estrepitosamente. A partir de este juego de variables, Daniel Yergin se plantea tres preguntas centrales: 1) ¿Habrán los energéticos necesarios para abastecer a una población cada vez más amplia? ¿A qué costo? 2) ¿Cómo pueden protegerse los sistemas energéticos del cúmulo de amenazas que han proliferado en los últimos años? Y 3) ¿cómo incidirán las políticas de combate al cambio climático en la economía de los energéticos y viceversa? (p. 2).

A lo largo de 6 apartados y 35 capítulos se exploran los términos de disponibilidad de los recursos energéticos, la confiabilidad de los sistemas de transporte, información y almacenamiento, la asequibilidad en términos económicos y la sostenibilidad ambiental de los patrones actuales de consumo; en este sentido, el libro podría convertirse en el estudio por excelencia de las condiciones de seguridad energética mundial a comienzos del siglo XXI.<sup>1</sup>

Las primeras dos partes de la obra (“El nuevo mundo del petróleo” y “Asegurando los suministros”) se dedican al análisis de la economía política del crudo después de 1991; en ellas, se estudia el comportamiento de la oferta, la demanda y los precios de los hidrocarburos en todo el mundo. Los argumentos son poderosos, pero se difuminan ante la profusión de detalles. Cabe señalar que, *per se*, no hay hipótesis central ni argumentos rectores por apartado, aunque sí ideas generales por capítulo.

<sup>1</sup> Generalmente, se define a la “seguridad energética” como: 1) la disponibilidad de los recursos que componen la matriz energética de un país, 2) la confiabilidad en los sistemas de transporte e información y 3) su asequibilidad en términos económicos. Algunos autores añaden elementos de sostenibilidad ambiental (Gal Luft y Anne Korin [eds.], *Energy Security Challenges for the 21<sup>st</sup> Century: A Reference Handbook*, Santa Barbara, Praeger, 2009, pp. 1-19).

Uno de los temas centrales, implícito en el apartado primero, es la tensión creciente en el mercado petrolero internacional, que es cada vez menos flexible. Daniel Yergin analiza las causas del “choque de demanda”, un aumento notable en el consumo de hidrocarburos, que se debe a: 1) el crecimiento económico en China y la India y 2) la relación entre especulación financiera, un sistema de creencias frágil y el alza inmoderada en los precios de 2003 a 2008. Asimismo, se estudia cómo se entrelaza con la situación de la curva de oferta, que es muy vulnerable a disrupciones por guerras civiles –Nigeria–, desastres naturales –el huracán Katrina en 2005– e interrupciones políticas –Venezuela en 2002–.

Mención aparte merece el análisis conciso de dos fenómenos cruciales para explicar las tendencias globales en la oferta y demanda petroleras. Por un lado, se destaca la relación entre hidrocarburos y la Invasión a Iraq en 2003: el autor es contundente cuando afirma que la guerra no fue exclusivamente por el petróleo iraquí. Por otro, se encuentra el crecimiento descomunal en el consumo de hidrocarburos en China; la idea es simple, pero sugerente: el país se ha convertido en un actor crucial en el mercado global del petróleo, del cual es especialmente dependiente y al que se está integrando de modo acelerado.<sup>2</sup>

El apartado segundo se dedica a explorar los desafíos a la seguridad energética mundial en su conjunto y las políticas públicas que se han implementado al respecto. La primera parte de la discusión se relaciona con el denominado “pico del petróleo”; aunque el autor cree que no se ha alcanzado este umbral aún, argumenta que conforme se reduce la producción en las cuencas petroleras y gasíferas más antiguas, los costos de la extracción crecen exponencialmente: es necesario ampliar la definición de petróleo e incluir en las perspectivas de la industria los “no-convencionales”, como las arenas bituminosas.

La tercera parte del libro, “La era eléctrica”, describe los eventos e individuos que dieron forma a la industria de la electricidad a partir de fines del siglo XIX. El caso de la crisis del sector en California en la década de 1990, por ejemplo, ilustra la interconectividad entre el entorno institucional y las fuerzas del mercado. Curiosamente, el autor interrumpe el hilo

<sup>2</sup> Hay, sin embargo, varios autores que argumentan justamente lo contrario. Se arguye que China ha adoptado una estrategia mercantilista por medio de la cual las corporaciones, controladas directamente por el Estado, buscan hacerse de recursos a lo largo del mundo. Véanse, por ejemplo, Michael T. Klare y Daniel Volman, “The African ‘Oil Rush’ and the US National Security”, *Third World Quarterly*, vol. 27, núm. 4, 2006, pp. 609-628; y Michael T. Klare, *The Race for What is Left: The Global Scramble for the World’s Last Resources*, Nueva York, Metropolitan Books, 2012.

conductor en su narración justo a la mitad del análisis sobre este tipo de energía, cuando estudia los orígenes y desarrollo del poder nuclear.

En “Clima y carbono”, Daniel Yergin señala que “tradicionalmente, los asuntos energéticos se habían centrado en cuestiones como el precio, la disponibilidad y la confiabilidad; la geopolítica y la capacidad regulatoria de los Estados habían complicado el panorama. Ahora, sin embargo, el cambio climático y el calentamiento global están reformando todas las aristas de las políticas energéticas” (p. 421). La cuarta parte del libro reconstruye de manera detallada la relación entre energía y medio ambiente: desde los fundamentos científicos del problema hasta los avances y retrocesos de su inclusión en la agenda pública en todo el mundo.

Los dos apartados finales (“Nuevas energías” y “Camino al futuro”) podrían conformar la aportación más sugerente en la obra; fiel a su estilo particular, Daniel Yergin desentraña los vínculos entre política, tecnología y economía en el caso de las industrias renovables –solar y eólica–, cuya historia es, para el autor “una de innovación, riesgo técnico y empresarial, batallas políticas, controversias, desilusión, desesperación, recuperación y suerte” (pp. 524-547). El análisis de los ciclos tecnológicos y empresariales se alterna con las corrientes políticas en las que se desarrollan; ambas tendencias han dado lugar a fenómenos tan sorprendentes como el cambio fundamental en el centro de gravedad de la industria solar desde California hasta China. El corolario de esta búsqueda de nuevos energéticos ha llevado al énfasis renovado en las maneras de reducir la demanda, más que en medios para ampliar la oferta: el autor dedica un capítulo entero a estudiar las aristas de la eficiencia energética, el “quinto combustible”.

Finalmente, el “camino del futuro” conduce, de acuerdo con Daniel Yergin, a los biocombustibles; la promesa, plagada de obstáculos, dificultades técnicas y dilemas éticos es transformar al ser humano de hidrocarburos en el ser humano de carbohidratos (p. 645). El último apartado, a manera de epílogo, trata de estudiar la faceta más compleja de la relación entre energía y medio ambiente: el automóvil, que parece ser el último bastión de los hidrocarburos. Yergin señala que, si el petróleo es el rey, su reino es el transporte (p. 666), por lo que los últimos capítulos de la obra presentan los argumentos y contraargumentos de varios tipos de combustibles.

La gran revolución energética de la humanidad comenzó con la máquina de vapor; a partir de entonces, la búsqueda de energías asequibles y eficientes ha moldeado no sólo el desarrollo económico en todo el mundo, sino aristas cruciales en la política internacional, como lo muestra Yergin en la que quizá es su obra maestra. Después de revisar 804 páginas, y a pesar de la falta

de una gran hipótesis que pudiera dar un hilo conductor al trabajo, el lector podrá tener más preguntas que respuestas para las tres inquietudes con las que se inició el libro. El autor parece ser sumamente exitoso en presentar un estudio introductorio al ámbito de la política energética mundial.

En cualquier caso, *The Quest...* retrata una aventura épica, llena de luces y sombras, de héroes anónimos y villanos vilipendiados, de ilusiones, avaricia, éxitos y fracasos. Sin duda, refleja los esfuerzos de toda una vida por comprender la energía en sus múltiples dimensiones: de manera implícita, el análisis salta del ámbito individual al burocrático, y del nacional al mundial, por lo que son pocos los cabos que deja sueltos. La virtud principal del texto es el poder de una narrativa histórica, analítica y prospectiva a la vez, que sumerge al lector en las complejidades de la exploración, investigación, producción y comercio de los energéticos. La meta resulta ambiciosa, aunque el resultado es muy satisfactorio, pues mediante la recopilación minuciosa, casi enciclopédica, de fuentes primarias, bases de datos y una revisión profusa de cientos de obras se sustentan las ideas del autor.

Sin embargo, hay ciertos detalles que podrían haberse resuelto en aras de tener una visión más comprehensiva, no sólo desde el punto de vista geográfico, sino también del temático; de inicio, una de las características que dan forma al volumen es un enfoque centrado en las potencias, de manera especial en Estados Unidos. Prácticamente en todos los capítulos de la obra, el peso de la economía y la política energéticas estadounidenses eclipsa a los desarrollos en el resto del mundo. En orden descendente, China, Rusia, Japón y de Reino Unido ocupan otra buena parte de los análisis del libro.

Por mencionar sólo un caso, cuando se reconstruyen las aristas más importantes de la política contra el cambio climático, son muy pocas las referencias a ejemplos por demás exitosos, como los de Suecia, Islandia y Dinamarca.<sup>3</sup> Por razones naturales, Medio Oriente es central en los apartados sobre la oferta; sin embargo, muy poco se discute sobre África Subsahariana o el Sudeste de Asia, regiones productoras que continúan siendo relevantes en el mapa de la energía global.<sup>4</sup>

Quizá la ausencia más visible, sin embargo, es la del segundo país más poblado del mundo, en cuyo territorio han proliferado los apagones y la escasez de combustible: la India; salvo por una nota breve sobre el programa nuclear de Nueva Delhi, prácticamente no hay análisis sobre la forma en que el gobierno nacional ha buscado satisfacer la demanda de más de

<sup>3</sup> Véase Anthony Giddens, *La política del cambio climático*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

<sup>4</sup> De acuerdo con la Administración de Información Energética de Estados Unidos, disponible en <http://www.eia.gov/countries/>

mil millones de personas o la expansión de las multinacionales indias en búsqueda de recursos energéticos.<sup>5</sup>

Una situación similar ocurre con otros países denominados emergentes; un capítulo breve sobre las políticas energéticas de Sudáfrica, Turquía o México podría haber sido un complemento al extraordinario panorama que presenta Yergin. No obstante, más sombría y preocupante aún resulta la omisión de la dinámica energética de un continente entero: África. Aunque sin duda de peso estratégico menor al de China o Rusia, el problema africano parece radicar más en el tema de la pobreza energética que en el de la alta política.<sup>6</sup>

En todo el planeta, casi 1 300 millones de habitantes carecen de electricidad y 2 700 millones de instalaciones de calefacción eficientes y dignas; más alarmante aún es que 84% de la población energéticamente desvalida se encuentra en las áreas rurales.<sup>7</sup> Las políticas de eficiencia y seguridad energéticas de las potencias no pueden desdeñar las necesidades de una cuarta parte de los seres humanos. Progresivamente, el tema tendrá que formar parte de las discusiones generales sobre el asunto.<sup>8</sup> Esta omisión relativa implica también referirse sólo incidentalmente a uno de los recursos cruciales para la mitad de la humanidad, especialmente en las zonas menos desarrolladas: el carbón. Aunque las anécdotas en varios capítulos incluyen ideas sobre su demanda y suministro, es posible pensar que hizo falta una sección específica sobre la industria carbonífera internacional.

Estos señalamientos no representan más que omisiones, que bien pudieron deberse a limitaciones de espacio o tiempo; a pesar de ello, la obra de Daniel Yergin contribuye a introducir un tema esencialmente técnico, como es la energía, a los debates académicos y discusiones políticas. Lograr satisfacer las necesidades energéticas de más de 6 000 millones de personas es, sin duda, uno de los retos más sobresalientes para la humanidad en el siglo XXI; aunque la magnitud del problema requiere compromisos por parte de los gobiernos de las potencias importadoras y productoras, la responsabilidad

<sup>5</sup> Shebonti Ray Dadwal, "An Energy Crisis in the Making?: India's Policy Options", en N.S. Sisodia (ed.), *Emerging India: Security and Foreign Policy Perspectives*, Nueva Delhi, Institute for Defence Studies and Analyses, 2005.

<sup>6</sup> Patrick Nussbaumer *et al.*, "Measuring Energy Poverty: Focusing on What Matters", Oxford Poverty and Human Development Initiative Paper 42, University of Oxford, marzo de 2011, disponible en: <http://goo.gl/8jHT4>; "Sustainable Energy", *United Nations Development Programme*, disponible en: <http://goo.gl/rxVZQ>

<sup>7</sup> Nussbaumer *et al.*, *op.cit.*

<sup>8</sup> Incluso en los casos de los países productores más importantes, el tema de la seguridad energética y la sostenibilidad ha adquirido dimensiones significativas. Para el caso de Arabia Saudita, véase: Glada Lahn y Paul Stevens, *Burning Oil to Keep Cool: The Hidden Energy Crisis in Saudi Arabia*, Londres, Royal Institute of Foreign Affairs, diciembre de 2011, 39 pp., pp. 1-28.



final por el éxito o fracaso en esta empresa yace en cada uno de los habitantes de la Tierra, en tanto consumidores de materias primas. En este sentido, una obra extraordinariamente bien redactada, pensada y sustentada como *The Quest...* puede, sin duda, contribuir a fomentar una conciencia crítica sobre lo que implica encender el televisor o echar a andar el automóvil.

CÉSAR MARTÍNEZ ÁLVAREZ

Andrés Lira (ed.), *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*, México, El Colegio de México, 2012, 172 pp.

Más allá de la biografía, los epistolarios ofrecen una perspectiva histórica amplia de la situación y los momentos en que participaban los autores cuando escribieron las cartas. Muy similar a la historia oral, el trabajo de investigación que se hace sobre archivos de correspondencia es tan fructífero como sea el interés del investigador. Es posible así, de intercambios escritos sobre uno o varios temas, entre dos o más individuos, extraer infinidad de reflexiones de diversos aspectos, desde la calidad del papel hasta la manera o el tono de la redacción.

Los epistolarios son, además, buena lectura; no sólo para el público académico, sino para uno más amplio, pues frecuentemente las cartas suelen ser prolíficas en explicaciones y claves. Eso sucede con las que contiene este libro, intercambiadas por Silvio Zavala, ex presidente de El Colegio de México, y su maestro Rafael Altamira. Uno puede observar, por ejemplo, que la fortaleza institucional de la Corte Permanente de Justicia Internacional (CPJI) en que trabajaba Altamira era precaria, pues, como señala en un punto, en la incertidumbre de guerra, de él y de pocos jueces más dependió el funcionamiento de la Corte, pues buen número de sus colegas abandonaron sus encargos.

En ésta, como en otras publicaciones de El Colegio de México, persiste algo que va más allá de la costumbre y que es posible llamar tradición, un componente casi místico que hace de la pertenencia a la institución honor incontestable, por los valores del pasado. Así pues, este libro, además de ser una buena oportunidad de conocer –y reconocer– a Silvio Zavala y a Rafael Altamira, es uno más de los recordatorios de la larga tradición de la antigua Casa de España en México, hoy llamada Colegio de México.

La historia de El Colegio de México es bien conocida y ha sido tratada con suficiencia en varios libros, como *La Casa de España* y *El Colegio de Méxi-*

co: *memoria 1938-2000*,<sup>1</sup> de Clara E. Lida y José A. Matesanz; sin embargo, la labor que la dirección de publicaciones del Colegio desarrolla con la publicación de la colección Testimonios es una nueva oleada de historia y un recordatorio perfecto de los pasos que ha dejado atrás la institución. En esta colección se publicó en forma de libro<sup>2</sup> una extensa entrevista que James y Edna Wilkie hicieron a Daniel Cosío Villegas para el libro *México visto en el siglo xx. Entrevistas de historia oral*.<sup>3</sup> En 2012, la nueva entrega de Testimonios la integra el amplio epistolario que Andrés Lira editó y al que dio forma.

A la carga tradicional de la colección hay que sumar que este libro es un conjunto de cartas, conque leerlo es una inmersión a los documentos, a las fuentes primarias. La publicación de libros de esta especie no es atípica en el Colegio, pues ha publicado varios, uno de los más recientes es *Crónica parcial: cartas de Alfonso Reyes a Amado Alonso, 1927-1952*.<sup>4</sup> Vale la pena traer a cuento este libro que editó Martha Elena Venier, pues lo que interesa en este punto no es sólo rescatar que el Colegio tiene una fuerte tradición en la publicación de colecciones de cartas, sino que además mantiene un elemento común en los libros de ese tipo: los estudios introductorios. La calidad de estos artículos hace que sumado al interés por descubrir cartas entre personajes acreditados, el lector pueda acceder a estudios que por sí mismos ofrecen gran calidad. La introducción de Venier a las cartas de Reyes y Alonso es buen ejemplo de esto.

Así, lo que sucede con este libro editado por Lira es lo mismo que con el de Venier: el lector disfruta de un documento introductorio que disecciona el contenido de las cartas entre ambos personajes, de tal suerte que la lectura del volumen completo se hace más ligera, pero, sobre todo, interesante.

Dice Lira en su estudio<sup>5</sup> que el trabajo que nos entrega en este libro es producto de su investigación en el Archivo Silvio Zavala, a cargo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, en donde están los casi ochenta documentos que aparecen en el volumen. Ahí aparecen, desde las primeras cartas en las que se percibe tranquilidad y cierta tristeza de Rafael Altamira, por la biblioteca que tuvo que dejar en Madrid a causa de un exilio impuesto por las circunstancias del gobierno dictatorial de Francisco

<sup>1</sup> México, El Colegio de México, 2000.

<sup>2</sup> *Daniel Cosío Villegas: Un protagonista de la etapa constructiva de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 2011.

<sup>3</sup> México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969.

<sup>4</sup> México, El Colegio de México, 2008.

<sup>5</sup> Cuya primera versión presentó como ponencia en el ciclo "Tras la huella de Rafael Altamira", que se llevó a cabo en Madrid del 17 al 19 de octubre de 2011.

Franco, hasta las últimas, en las que ha aceptado su traslado a Estados Unidos, dejando sus compromisos en Europa atrás, y en busca desesperadamente de una opción segura para hacer el viaje transatlántico.

En el epistolario, como bien apostilla el editor, hay algunos faltantes en cartas de Silvio Zavala, pues no siempre, dados los aciagos días en que se escribieron y enviaron, le fue posible redactarlas y hacer copias que pudiera archivar; sin embargo, la línea temporal permite identificar tres etapas en la secuencia que ofrece Lira. Esas tres etapas, si cabe la propuesta, son: la preguerra, la guerra y la aventura americana. No porque esos tres títulos pinten de cuerpo entero la sustancia de las cartas, mucho menos de la biografía de Altamira, sino porque las preocupaciones que uno puede leer en las epístolas remiten a esos tres tiempos.

La primera etapa, la preguerra, que en el arco temporal de la correspondencia abarca de 1937 a 1939, es un periodo dominado por un intercambio intelectual intenso entre Altamira y Zavala, en el que el primero pide ayuda al discípulo para acceder a documentos y a datos que le son vedados en La Haya, donde cumple con su encargo como juez de la CPJI. Las investigaciones de Altamira, para las que son necesarios los pormenores que pide a Zavala, tienen que ver, como fue común en su labor académica, con la historia de las instituciones legales. Además acaparan la preocupación del juez los artículos que envía para la *Revista de la Universidad de México* y la publicación de un manuscrito inédito de título *Libro de máximas y reflexiones*, acerca del cual muestra un interés particular. En suma, esta etapa más bien se entiende permeada por la colaboración intelectual entre ambos personajes, amén que se evidencia que Zavala ejercía un fuerte apoyo como promotor de los manuscritos de su maestro. Es claro el tono afectuoso de las comunicaciones y la consternación de Altamira por el mutis de Raúl Carrancá, también ex discípulo suyo.

La segunda etapa, la guerra, que es posible delimitar entre 1939 y 1944, se identifica por una línea clara de incertidumbre, siempre en aumento. Al principio Altamira se muestra preocupado por la falta de claridad de la situación política europea. Esa preocupación va aumentando en sus cartas, como *in crescendo*, hasta convertirse casi en la sustancia de éstas. En un punto, las preocupaciones y el intercambio intelectuales prolíficos que había compartido con Zavala disminuyen y hasta dejan de aparecer, para leerse sólo el desasosiego del juez Altamira por la grave situación europea, por la responsabilidad de sostener él solo a un “famiión”, pero también por ayudar a individuos de su afecto personal, cuyas vidas truncó la guerra de España, a empezar de nuevo en México, requiriendo para ello el apoyo del discípulo. En otro punto, las cartas de Altamira dan la impresión de que evita externar completa su preocupación para, a su vez, no preocupar a

Zavala. El apoyo que éste le ofrece sigue siendo constante, no nada más en lo referente a la publicación de sus manuscritos, sino en lo relacionado con los viajes trasatlánticos de su familia y con el establecimiento de sus hijas en México, además de que persiste el intercambio intelectual, aunque disminuye poco a poco.

En esta parte hay otro elemento destacable: las gestiones de Silvio Zavala para ayudar a Altamira a salir de la zona de guerra. Estas diligencias se desgranaron a partir de una carta escrita, según el libro, “probablemente [en] abril o mayo de 1941”, en la que el juez escribió “el más angustioso sos”, rogando a su discípulo para que hiciera todo lo posible para “[libertarlo] de [esa] vida imposible, llena de privaciones e incomunicada con el mundo entero”. Esa carta muestra que, después de un tiempo de indecisión, Altamira tomó la determinación de salir de Europa para venir a América, ya a Estados Unidos, ya a México, dejando atrás sus responsabilidades institucionales con la Corte de La Haya y con el Instituto Internacional de Estudios Iberoamericanos.

A partir de allí, el lector tiene prueba fehaciente de la celeridad con que Zavala gestionó la ayuda para su maestro en cartas a Isidro Fabela, a José C. Valadés, a Ricardo Levene y a la Carnegie Endowment for International Peace, además de una curiosa carta al profesor Hans Morgenthau, pidiendo informes sobre una publicación de Altamira. Los documentos a Fabela y Valadés no tienen desperdicio para el análisis político, pues el primero era un importante miembro del grupo gobernante, amén de un prestigiado académico y diplomático. Valadés, por otra parte, era secretario particular del secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla.

Lo que sigue, el documento 66 en la página 146, es una carta de Rafael Altamira desde Buenos Aires, inserta en lo que se ha propuesto llamar “la aventura americana”. En esta parte final del libro, además de desentrañarse el andar del juez en tierras americanas, cumpliendo deberes académicos en Estados Unidos y estableciéndose finalmente en México, se observa el agradecimiento que profesa a Zavala y el ímpetu intelectual que sigue teniendo el erudito exiliado, aun al final de su vida.

Como ya puntalicé, este libro es una oportunidad para que el lector conozca de primera mano detalles de la historia del exilio en México, en ese periodo histórico, por medio de un sencillo epistolario del que es posible extraer todas las claves que uno quiera. El trabajo del editor Andrés Lira es excelente, conciso. La apariencia física del libro no puede ser mejor. La portada se adorna con la fotografía de un viaje de estudios, de 1933, a Egipto, en que aparecen Altamira y Zavala. Y la extensión es precisa para leerlo con detenimiento, buscando leer más allá de las líneas de ambos personajes.

Así pues, esta es la historia de una parte de la amistad de Silvio Zavala y Rafael Altamira, observada en sus cartas. Más allá del afecto y el agradecimiento, que ocupan a una relación personal de amistad entre dos hombres célebres, este libro es una buena radiografía de un momento histórico particular, de la incertidumbre y la inseguridad que provoca la guerra y de la vileza del exilio. Este libro es un modesto homenaje a Rafael Altamira y a Silvio Zavala, pintados de cuerpo entero. Pero también es un puntual recordatorio de la esencia y los nobles valores que dieron origen y forma a El Colegio de México.

JAIME HERNÁNDEZ COLORADO